

Secundario

Me despierto sobresaltado. Un sueño angustioso, que no puedo recordar entero, me saca de la cama, del cuarto y me pone en el pasillo. Voy como un zombie para la cocina. Veo la figura negra de papá en camiseta y calzones recortada por la luz pálida de la heladera, manoteando los restos de la cena.

–¿Qué hacés despierto a esta hora? –me increpa.

–Me desvelé, ¿vos?

–Mamá –dice con la boca llena. –Ronca como una bestia. ¿Querés?

Miro el táper lleno de carne, papas y cebolla, la tablita de picar, el cuchillo y desprecio todo con un gesto. La voracidad de papá, por momentos, se me hace repulsiva.

Una tercera voz, apenas audible, sale de la radio que está sobre el marco de la ventana: “seis de la mañana, falta poco para que amanezca en la ciudad y las luces se...”.

Cuando me voy de la cocina, papá corta otra feta de peceto y se la manda.

Doy un par de vueltas en la cama con la luz apagada. Antes de dormirme, cedo al impulso de encender la computadora. Ningún mensaje nuevo. Vuelvo a leer el mail que me reenviaron mis ex compañeros. Esta noche, los dueños del colegio nos citaron a todas las camadas de egresados para “celebrar los primeros 30 años de la institución”.

No ir me parece de cobarde pero tampoco me muero de ganas de reencontrarme con toda esa gente que no veo hace años. No soportaría que me pregunten qué hice de mi vida. Si llega a estar Luli además... No sé qué hacer.

Apago la máquina, cierro los ojos.

A la hora, con la luz del amanecer entrando por las rendijas de la persiana, empiezo a quedarme dormido.

En primer año, una bandita de tercero me tomó de punto. Yo venía de hacer la primaria en otro colegio y no conocía a nadie. Pasaba los recreos solo, deambulando entre el quiosco y la zona más oscura del patio, porque creía que ser invisible era lo mejor.

Desde esa posición, la segunda semana de clases, vi cómo se armó la primera piña del año. Gallo era un pibe de quinto, que jugaba al rugby y necesitaba validar su hombría a cada instante. Al poco tiempo de conocerlo uno se daba cuenta de que un poco le fallaba.

Esa mañana, Gallo venía cocorito por el pasillo que une el quiosco con el patio grande. De frente a él, avanzaba el Hacha, uno de tercero que se creía el dueño del colegio. Gallo lo pechó a propósito y apenas el otro le dijo,

—¿Qué te pasa, pelotudo?

le tiró un par de trompadas y le rompió todos los botones de la camisa del uniforme.

Mi error fue reírme pero no pude evitarlo. La violencia me genera reacciones imprevistas. Los amigos del Hacha, sus cómplices en las torturas a los más chicos, registraron mi risa y me lo hicieron saber con el gesto de “vas a cobrar”.

Ir al colegio se convirtió en una pesadilla de ahí en más. Sin amigos en la clase, soportaba las ronditas en las que me pegaban cachetazos o me hacían preguntas. Cualquier respuesta que diera, derivaba en nuevos golpes. Nunca les di el gusto de llorar delante de ellos y de alguna forma creo que en esos meses me hice fuerte, indestructible por dentro. Pero no podía ir al baño en los recreos ni pasear tranquilo por las escaleras desoladas del colegio porque si me agarraban ahí, era boleta.

El único respiro por esos días se llamaba Luli y se sentaba delante de mí en la clase. No sé si volví a enamorarme de alguien como de ella. Tenía la cola de caballo más larga y perfecta que vi en mi vida, y su nuca me llevaba a paraísos sin pizarrón, ni pupitre, ni séptima hora. Tampoco existí para ella hasta el día en que me enfrenté a los de tercero.

Pedirme un mordisco de sándwich se había convertido en la joda nueva de los recreos. Me resistía todo lo posible y cuando lo entregaba, ya sabía que o no lo veía más o me volvía un pedacito, una provocación. Me quedé semanas en el molde, manso por fuera, más y más furioso por dentro.

En toda patota de colegio, hay uno que es el más débil. Hace lo mismo que los otros (fumar a la salida, hablar con las chicas más chicas, atemorizar a los que puede) pero está siempre al borde. Podría pertenecer al grupo de los golpeados pero su miedo y, sobre todo, su carácter obsecuente lo integran al

bando de los que abusan. En la bandita del Hacha, ese era Rodo. No sé por qué, o quizás por lo que ya dije, me irritaba más que el resto. También por tamaño era el único al que podía enfrentar.

Recreo largo, el segundo de la mañana. Vino otra vez la encerrona. Las mismas caras, las mismas manos. Yo no contaba esto en mi casa, temía que papá no me enseñara a defenderme. Sin hablar, Rodo me indicó que le diera el sándwich. Los dientes de todos se reían a mi alrededor. Comadreja de mierda.

–Sacameló –lo apuré no sé cómo.

Cuando se adelantó para estrujarme la mano, tiré una piña desde abajo con el odio acumulado de meses. Nadie se lo esperaba; Rodo menos. Le di en la mandíbula y la pera le tembló como un flan. El Hacha miró hacia atrás con disimulo a ver si había alguien y enseguida me rompió la nariz. Debe haber sido la sangre, indisimulable, lo que nos llevó a todos a rectoría.

La señora Del Guercio nos puso amonestaciones (a ellos cinco más que a mí) y amenazó con echarnos si sabía de algún otro incidente. Los de tercero juraron que iban a matarme, pero al tiempo (no sé cuánto) cambiaron su blanco de agresiones.

Volví a la clase con un algodón ensangrentado en la nariz. La noticia se había agrandado hasta un punto que supe aprovechar para romper la cáscara de mi autismo. Damián y Pablo se llamaron los amigos que tuve desde ese día hasta el viaje de egresados. Sin embargo, la caricia después del golpe la recibí cuando Luli giró su nuca y dijo:

–¿Estás bien?

–Sí, sí –sonreí, con el algodón que sobresalía de la fosa.

“july dice:

vas hoy?

yo dice:

adonde?

july dice:

al colegio

yo dice:

como sabes?

july dice:

me llevo el mail tb

anda!

yo dice:

vos irías?

july dice:

siiii, me da curiosidad ver a mis compañeros

yo dice:

a mi cero

july dice:

andaaa!! divertite

si no te vuelves”

Chatear con mi hermana es lo único que me alivia un poco cuando me levanto entre la una y las tres de la tarde. Si todavía viviera acá, tendría con quien charlar mis cosas. Ahora le contaría cómo me siento desde que estoy sin trabajo, lo frustrante que es ir a las entrevistas de traje con el currículum impreso en una carpetita. Las mismas preguntas, el mismo miedo. Que no me pidan el certificado. Después pasan dos semanas en las que espero ansioso un llamado que no llega y me decepciono. Buscar trabajo me desgasta.

Salgo de mi cuarto y encuentro la casa a oscuras: esa manía de mis papás de bajar las persianas cuando se van al trabajo. Me hace sentir adentro de una tumba.

Abro todo.

Sobre la mesa de la cocina, veo una lista de compras escrita por mamá y la plata. Hoy me toca supermercado. Todos los días me asignan una tarea para que me mantenga activo. Creen que darme obligaciones, me viene bien. La verdad, si pudiera, elegiría otros jefes.

Con un café y una remera planchada preparo el ánimo para salir y cruzarme con los viejos del barrio y los nenes en cochecito que llevan las mucamas. A veces, me dan ganas de invitar alguna a salir, hablar poco y apretar un rato en una plaza. Seguro tendría más tema de charla que con mis ex compañeros.

Ir y mentir no es una opción. Tampoco quedarme acá. Mamá, sobre todo, va a recriminarme que nunca veo a nadie, que vivo encerrado. Ella siempre sabe dónde duele.

Agarro las llaves y el changuito. Salgo a la calle.

Quinto año lo viví como una liberación y no sé si después me volvieron a pasar cosas tan fuertes. Desde que empezaron las clases, tuve ganas de que terminen y también de que duren para siempre. Había que elegir qué iba a hacer uno de su vida como si fuera una decisión irrevocable, y nadie te decía que después podías cambiar. A mí nada me gustaba mucho, salvo Luli, que se había puesto más y más linda. Nos llevábamos tan bien que nos habíamos hecho amigos, una desgracia si te gusta una chica a los diecisiete. A veces iba a su casa después del colegio y nos encerrábamos en su cuarto a escuchar música. Un día que volví en éxtasis de lo de Luli, le pregunté a mi hermana cómo podía romper esa barrera. Me dijo:

–Mirála a los ojos diez segundos y dale un beso.

Tan fácil y no podía. Tenía miedo de perder el terreno ganado.

Estudí muy poco en quinto año, lo justo para aprobar todas las materias en diciembre, menos química y matemática. El trabajo duro lo había hecho los años anteriores, así que ahora me podía dedicar a joder y dejar que mi fama de alumno cumplidor hiciera el resto. Probé todo lo que había despreciado de palabra durante el secundario: le pegué con saña a una pulga de primero, canchereé con las chicas de otros años y apenas cruzaba la puerta del colegio, me prendía un cigarrillo. Sentía un poder en el cuerpo que me daba fuerza. Ser de quinto generaba deseo y admiración en los más chicos. Por primera vez, había otros que se identificaban conmigo.

Pablo se había convertido en el proveedor de chicas en nuestro grupo y, gracias a él, con Damián cruzamos las fronteras del colegio. El cambio fue inesperado y vertiginoso. A la vuelta de un verano, cuando íbamos a empezar cuarto, nos contó que había trabajado de tarjetero para un boliche en Pinamar. Encaraba grupos de chicas por la playa, les preguntaba “¿cuántas son?” y les ponía un “Pablo” enorme con birome en la parte de atrás de la tarjeta. “Cualquier cosa, pregunten por mí”. En quinto ya era públicas de la

matiné de Kentucky. Conocía dos códigos fundamentales: el del boliche, el de las chicas.

Un sábado nos presentó a tres del Santa Mónica. No eran muy lindas, pero se emperifollaban bastante y, como a Damián y a mí, se las notaba en la ruta de la liberación. Que fueran de otro colegio tenía la ventaja de que no conocían nuestro pasado ni nosotros el suyo. Pablo apretaba con la más alta pero estaba lejos de hacerle el novio. Esa noche bailamos con ellas hasta que prendieron las luces y quedamos en vernos el sábado siguiente. En pocas semanas, Damián se enamoró de una que se llamaba Flor y, después de charlas eternas (más con Pablo que conmigo), la encaró y empezaron a salir. Sin que me diera cuenta, su noviazgo me resultó una traición: dejó de ir a bailar y nuestro grupo empezó a disolverse. La excitación por la que me había tocado en el reparto, se me pasó enseguida. Mica era simpática y dulce pero no lograba apartarme de Luli.

Decidí que en el viaje de egresados iba a poner en práctica los consejos de mi hermana. La semana previa a subirnos al micro para Bariloche, no podía dormir. Imaginaba el momento de decirle a Luli cuánto me gustaba, su respuesta, el beso. Cada noche había cambios en la escena, pero el final era siempre el mismo. Nunca había besado a nadie y eso me acomplejaba un poco. Además hacía meses que ni nombraba a Luli delante de Damián y de Pablo, con lo cual no recibía opiniones de nadie. Les había hablado tanto de ella que me pareció que no volverían a escucharme hasta que yo hiciera algo.

Como a la mayoría de mis compañeros, mis papás fueron a despedirme el día que salimos de viaje. Cuando los vi abrazados al pie del micro, pensé que en algún momento papá tuvo que haber encarado a mamá, decirle o hacer algo que la conquistó. ¿Por qué nunca habíamos hablado de eso con él? ¿O fue ella la que hizo el trabajito? Carácter no le faltaba. La otra imagen que tengo de ellos en ese año es cuando subieron a darme el título en la ceremonia de fin de curso, un acto más simbólico que otra cosa porque casi ninguno de nosotros había terminado de rendir las materias.

A las pocas horas de viaje, empecé a notar que la distancia del último tiempo con Pablo y Damián había provocado en el fondo una fisura entre nosotros. En el micro enseguida Pablo se hizo amigo de los coordinadores y Damián le siguió los pasos, como había hecho siempre, sólo que yo ahora

podía verlo. Para ellos de entrada fue evidente que los coordinadores me caían mal y cuánto más tiempo pasaban juntos, me alejaba más de ellos. Sin exagerar, lo único que compartimos durante el viaje fue la habitación y un par de incidentes que todavía me duelen.

Nos alojamos en unas cabañas alejadas del centro con otros dos colegios, uno de chicas y otro de varones. Nuestra división se repartió en habitaciones de cuatro. Me tocó con Damián, Pablo y Lucas Fiorini, a quien todos llamábamos Fiorini o Fioro. Era un tipo medido y cordial que no participaba nunca de las cosas del colegio, quizás porque tenía cubierta con el club la cuota de vida social. Se llevaba bien con todos, pero nadie lo quería especialmente. Para mí, después de cinco años juntos, era un misterio con el que iba a compartir durante una semana el mismo cuarto, la misma cucheta.

Habíamos contratado un servicio que no nos daba respiro. Arriba a las ocho para a las nueve estar en el cerro, volver a las seis, bañarnos, comer, tomar y salir a rompernos la cabeza en un boliche distinto cada noche. Pablo y Damián actuaban conmigo como dos extraños, mantenían charlas en clave, se sentaban aparte en las cenas y en la cabaña pasaban el tiempo justo como para cambiarse y seguir viaje. De la mano de los coordinadores hicieron grupo con unas chicas del otro colegio, que parecían sacadas de arriba del mismo parlante. Luli se había puesto preciosa con el quemado del sol, como si la nena hubiera dado paso a la mujer. Mientras esperaba mi turno agazapado, la vi rechazar candidatos con calidez y altura. Eso me hacía dudar y me daba confianza.

A dos días de volver, el cuerpo me pidió regular un poco y decidí guardar todas mis energías para la última noche. Cuando todos se fueron derecho para Volumen, la disco de turno, subí a mi cama y me tapé con las frazadas hasta el cuello. Quizás tenía fiebre. Me dormí pensando en el beso que le iba a dar a Luli al día siguiente y me desperté por unos ruidos en la puerta. Abrí y me encontré a Fiorini con un juego de llaves en la mano y los ojos desorbitados.

—¿Estás bien? — le dije y se tiró al piso de la risa. Lo empujé adentro del cuarto y cerré la puerta. Cuando se le pasó un poco, dijo:

—Son todas puuuutas —y volvió a reírse más fuerte, agarrándose la panza.

Lo dejé a solas con su revelación y me metí de nuevo en la cama.

Al rato se puso a correr en círculos por el cuarto con una sábana en la cabeza, gritando:

–Soy el fantasma de Fioriniiii...

Hasta que se tropezó, vomitó y se quedó dormido.

Di vueltas en la cama hasta que una o dos horas después, fui a desayunar con Damián. Venía directo de Volumen sin haber pegado un ojo. Lo notaba inquieto, incómodo pero no quería hacerle ninguna pregunta que arruinara ese momento. Estaba con anteojos negros y miraba para todos lados, como si alguien pudiera aparecer por sorpresa. Compartimos el asiento en el micro rumbo al cerro, pedimos tablas y botas, y subimos juntos a la aerosilla. En el medio del viaje, con los pies colgando en el aire, me dijo:

–No aguanto más –y se sacó los anteojos. –Pablo estuvo con Luli.

–¿Qué? ¿Me estás jodiendo? –casi me muero de la desolación. –¿Se la cogió?

–No, no, no. Apretaron anoche en el boliche –hizo una pausa. Sus ojos parecían transpirados en la parte blanca. Dijo: –Igual ella estaba re en pedo, eh.

Esquié hasta que cerraron las pistas. Después de almorzar, me tiré de lleno por la pendiente más empinada del cerro. Mientras bajaba a toda velocidad, tuve ganas de que se abriera un agujero en la nieve y caerme quinientos metros para abajo.

El agua cobra temperatura. Meto la cabeza abajo de la ducha y se me viene entero el sueño que tuve esta madrugada: parado en la puerta del colegio, llevo puesto algo parecido al uniforme; el pasillo que da al patio se ve como un túnel con una luz engeuedora al fondo; doy unos pasos y quedo frente a la pared donde están clavadas las plaquetas de todas las promociones; nombres y fechas pasan ante mis ojos sin que los reconozca ni me detenga, hasta que encuentro la de mi camada; salvo por el año, está vacía: una mancha dorada en la pared; acerco mi mano al bronce y apenas lo toco, una descarga eléctrica violenta me sacude como si hubiera metido los dedos en el enchufe, el corazón se me paraliza, caigo de boca al piso y me despierto sobresaltado en mi cama. Cierro la ducha y me seco fuerte con la toalla para sacarme estas imágenes del cuerpo.

Salgo al pasillo y de camino a mi cuarto, me intercepta la voz de mamá:

–Mirá lo que encontré.

A sus pies en el sillón del living, al lado de la lana que cuelga del tejido, hay una caja abierta. Sé lo que tiene adentro y me asomo con miedo como a la baranda de una terraza. Apiladas en orden, mis carpetas del secundario. Las hojeo rápido, de compromiso, con un interés mínimo que crece, mientras mamá me mira de reojo entre punto y punto.

–Las tiraría todas –le digo y pone de cara de qué horror. Sin levantar la vista del tejido, dice:

–Tenés que terminarlo.

Para no matarla, sigo viaje hasta mi cuarto. Apago la computadora, que estuvo prendida todo el día, y agarro las llaves y la billetera.

En la puerta de calle me lo cruzo a papá, que vuelve del trabajo.

–Qué pinta. ¿Adónde vas? –dice mientras me desliza un billete en el bolsillo del pantalón.

–Al colegio –le digo.

Y arranco.

El subte viene vacío a esta hora y más en esta dirección. No hay distracciones ni sensación de asfixia pero igual me angustia estar viajando bajo tierra ahora que falta una estación para el colegio y las puertas se cierran.

Era en otra línea y hace tres años, una tarde de principios de diciembre. La vi subir a Luli al vagón, psicobolche hermosa, y mi primera reacción fue mirar para otro lado. No la veía desde la fiesta de quinto y sentí que las piernas me empezaban a temblar. Esperé a ver si ella me veía y cuando por fin cruzamos miradas, quise hacerme el sorprendido y me ganó la euforia.

–¡Luli!

–Ey –dijo ella, alargando la y. –¿Cómo estás?

–Bien, bien –dije. –Trabajando –y levanté la carpeta de los trámites. –¿Vos?

–Dejé sicología, me aburrí. Quizás empiece diseño de imagen y sonido.

–Mirá vos –dije para llenar el hueco.

–Y contame –Luli era puro entusiasmo–, ¿en qué andás?

Dudé. No estaba preparado para responder esa pregunta. ¿Cómo decirle a la chica que más me gusta en la vida que no terminé el secundario?

Inventé algo, cualquier cosa. Ella no me creía una palabra, se daba cuenta de que le ocultaba algo pero me dejaba hacer. Pensé en besarla como un intento desesperado de demostrarle lo que ella significa para mí, pero por suerte tuve que bajarme. Cuando nos despedimos, su mano tocó mi cara.

Las puertas se abren. Aunque ella no está, las piernas me tiemblan igual.
Hora de bajar.

Tengo terror de ver a mis ex compañeros pero ya estoy a una cuadra del colegio y volver atrás es peor. Está lleno de autos estacionándose y grupos de tres o cuatro que avanzan juntos para poder entrar de nuevo al colegio. Si estuviera mi hermana, se reiría conmigo del cartel espantoso que pusieron en la puerta, con el escudo en relieve, iluminado por dos faroles potentes.

Colegio Nueva Argentina

30 años

1973-2003

Por primera vez en mucho tiempo siento ganas de llorar. Me río.

La señora del Guercio me recibe en la puerta, igual pero avejentada. Parece una mujer nacida para el papel de rectora.

–Bienvenido –dice y me abraza de esa forma fría en que las caras quedan paralelas sin tocarse durante unos segundos y las manos no llegan a palmear la espalda.

Cuando voy por el pasillo, después de haber pagado la entrada y de dejar atrás la pared de las plaquetas, me pregunto si sabrá quién soy.

Subo las escaleras y veo el patio lleno de mesas casi vacías. Hay una para cada promoción. Una chica con pinta de preceptora me pide nombre y apellido y me acompaña hasta la punta de la mesa.

–Ubicate donde quieras –dice con una sonrisa.

No llegó nadie.

Un mozo me ofrece vino y acepto.

Cuando aparecen mis ex compañeros, ya estoy alegre. Sigo inquieto por dentro pero me voy familiarizando con las caras y las charlas.

—¿Cómo va todo?

—Bien, bien.

—Estás idéntico.

—Gracias.

No estoy idéntico. Frente a todos ellos, siento el fracaso en mi piel.

Una mano me toca la espalda. Es Pablo con una barba recortada, bolichera.

Me paro y nos damos un abrazo. Atrás está Damián, más gordo. Otro abrazo.

—Tanto tiempo —dice alguno de los tres.

Se sientan los dos a mi derecha. Tengo a Salerno a la izquierda.

—¿Quién falta? —dice Meri con excitación. Es la única casada.

Subido a una tarima que está delante de las mesas, Marino, el profesor de música, pide silencio cerrando los puños a la altura de su cabeza. Por los parlantes sale el himno del colegio con fritura y Marino empieza a dirigirnos a todos con una batuta imaginaria. El canto es eufórico y termina con un estallido de aplausos. Parados en las sillas, en una de las mesas del fondo, el Hacha y los que fueron su banda se hacen oír:

—¡Ar-gen-ti-na! ¡Ar-gen-ti-na! —, agitando los brazos como una hinchada. El chiste, un clásico de todos los actos, prende en varias zonas del patio hasta que las voces se apagan solas.

Un mozo deja una parrillita portátil con achuras y carne humeante.

Reaparece enseguida con ensaladas, fritas y condimentos.

Pablo me llena la copa de vino y brindamos los tres con Damián.

—A los ojos, eh —dice serio.

—Salud.

Clin, clín, clín.

En la otra punta de la mesa, repartiendo besos y abrazos, Luli recién llegada. Parece que acaba de salir de la ducha, el pelo suelto apenas mojado sobre los hombros y la musculosa negra. No puedo parar de mirarla.

—¿Y de qué estás trabajando?

Es la voz de Salerno.

—De nada —le digo. —Estoy sin trabajo.

—Yo también —y apoya en el plato el tenedor con carne que estaba por meterse en la boca. —Me echaron hace un mes por reducción de personal

pero me dijeron que por ahí, más adelante, me reincorporan. Igual me pagaron una buena guita, así que estoy tranquilo.

–¿Y qué hacés?

–Soy analista de sistemas.

–Mirá vos.

Una mano se apoya en mi espalda. Me doy vuelta y al mismo tiempo escucho:

–Ey, ¿cómo estás?

Los dedos de Luli rozan mi cara. Me paro.

–Bien, bien. ¿Vos?

Las manos se me van a los bolsillos del pantalón y arqueo el cuerpo un poco hacia atrás.

–Bien también –sonríe. –Ahora hablamos.

Y sigue con la ronda de saludos.

“Ahora”, entonces, será dentro de un rato.

Con el postre, helado de crema americana y frutillas, llegan los homenajes. Los profesores más antiguos reciben un reconocimiento, una medalla. Hablan de la responsabilidad que implica enseñar, de todo lo que aprendieron en el colegio. Hay mimos para la señora del Guercio, risas y murmullos en las mesas. Se estira demasiado, se hace largo.

Alguien llena mi copa y la vacío.

Sube uno de la primera camada a da un discurso en nombre de todos los ex alumnos. Es un pelado de camisa metida adentro del pantalón, un total desconocido para nosotros. Habla de la marca que dejó en su vida la Nueva, se frena dos veces por la emoción y sigue. Nadie lo escucha del todo pero se gana alguna lágrima alcohólica, aplausos y gritos dos veces antes del “muchas gracias” definitivo.

A seis sillas de distancia, Luli cuenta desenvuelta cosas que no oigo. Por cómo se mueve, se sabe un poco el centro. Salerno intenta darme charla pero la voz de Pablo se impone:

–Increíble, increíble.

No sé bien de qué habla pero me sumo a las risas de todos.

En un bache de silencio, aprovecho para ir al baño.

Hago pis con una mano apoyada en la pared para sostenerme en pie. Tengo un amague de vómito que queda en contracción y arcada. Zafó. Alguien entra y se para a dos mingitorios del mío. Me subo el cierre y cuando voy para el lavatorio, escucho:

—¿Todo tranquilo?

Es Fiorini. No lo había visto hasta ahora.

—¿Qué hacés con eso? —le digo.

Tiene puesto el blazer del colegio.

—Nada —dice y se ríe solo.

Dos vasos de agua que me bajo de un saque, hacen que me sienta un poco más en la tierra. Las mesas están llenas por la mitad ahora. Tengo a Luli a tiro de mis ojos y un par de sillas más cerca. Salerno y otros ya desaparecieron; a Meri se la nota risueña y franelera. El que se le arrime, se la lleva.

—¿Querés? —me dice Pablo y por debajo de la mesa me pasa un sobrecito.

—Por ahora paso.

Traen café y masitas. Tomo rápido el mío y empiezo a saludar.

—¡Vamos al boliche! —grita Damián.

Luli me dice:

—¿Para dónde vas?

—A mi casa.

—Sí, bueno, pero ¿dónde queda?

—Voy a los de mis viejos.

—Te llevo.

Me doy cuenta de que ella también está borracha cuando encaramos el pasillo y se agarra de mi brazo para caminar.

—Ay, Gabi —me dice cuando salimos a la calle. —Qué noche.

—Sí —le digo. —¿Vos podés manejar?

—Siempre puedo manejar.

Se ríe y agrega:

—Bueno, casi siempre.

Tiene un auto lindo, femenino, de dos puertas. Pone primera.

—¿Por dónde agarro?

–Por donde quieras.

Hacemos unas cuerdas en silencio hasta que pone una radio marchosa.

–¿Dónde estás viviendo?

–Uf –dice. –Ahora en ningún lado. Bah, estoy en lo de una amiga pero por un mes. Me separé hace muy poco.

–Pero ¿qué? ¿Te casaste?

–No, pero casi.

Se corre un mechón de pelo detrás de la oreja.

–Viví dos años con él.

–Mirá vos.

Las luces de un auto que viene por la otra mano nos encandilan. Es como si alguien hubiera prendido un velador en un cuarto a oscuras.

–Luli –le digo sin pensar. –Yo estoy enamorado de vos.

Cuando la miro a ver cómo reacciona, sus manos aprietan fuerte el volante y da un suspiro largo, profundo.

–Vos no estás enamorado de mí, Gabi. Disculpá que te lo diga, vos estás enamorado del pasado.

–¿Qué te pasa? ¿Qué decís?

–Te escuché hablando hoy con los chicos. –pone el guiño demasiado cerca de la esquina y dobla. –Nunca diste las materias. No te juzgo para nada pero por qué. ¿A qué le tenés miedo?

–Uy, no te hagás la psicóloga, no me rompas las pelotas.

Me mira fijo a los ojos por el espejo del medio, como diciendo “dale”.

–No es miedo. Para nada. Yo sé que Warley me odia, me va a cagar seguro si me presento.

–Gabi, te aviso: no sos el centro del mundo.

–¿Y eso qué tiene que ver?

–Todo.

Pasan los árboles y las casas. En la calle desolada por la que vamos no hay semáforos ni personas.

–¿Vos cómo estás? –le digo.

–Un poco alterada pero bien. Triste, creo.

¿Cómo hace para gustarme siempre? Dice lo que no espero, como una puerta abierta.

–Pero voy a estar bien –remata con su mirada de espejo.

–Es en la otra –le digo–, doblando.

Su autito mujer frena en la puerta de casa. Nos quedamos callados con la vista fija adelante, como si la calle siguiera en movimiento.

–Gracias por traerme.

–De nada –me dice y nos miramos. –Te lo merecés.

FIN